

## Tentativas sobre Bartleby

Diego Tatián

### Elogio de la incompetencia

Si hay una cuestión que todo el conocimiento acumulado a lo largo de los siglos ni siquiera ha rozado aún es la de saber para qué sirve un hombre, para qué estamos los seres humanos en el mundo. Acaso este interrogante carezca de respuesta, pero su prescindencia nos sume fácilmente en la barbarie.

O bien podríamos pensar que los hombres hemos venido al mundo simplemente para ser quienes somos, sólo que no somos “algo” –ni siquiera somos “alguien”–: los seres humanos somos criaturas a las que les está vedado decir: Soy el que Soy. Un verso célebre de Hölderlin dice: “Un signo somos, indescifrado, y en tierra extraña casi perdimos el habla”. Tal vez ese signo inapropiable es lo que hay de impersonal –o de sagrado– en cada ser humano; lo indisponible, aquello con lo que nada puede hacerse: lo que hace que un ser humano, en rigor, en realidad, no “sirva” para nada.

Por el contrario, la “personalidad”, la *persona* (“máscara”) es lo que se construye o fabrica siempre en virtud de un culto o de un cultivo: el llamado “culto a la personalidad” impuesto por los grandes dictadores es en realidad lo más extendido en la sociedad contemporánea, definida por Guy Debord como “sociedad del espectáculo” a la vez sociedad-para-la-producción, y donde la personalidad se va construyendo en función de un incesante dispositivo de éxito y fracaso. Una persona que ha logrado alcanzar su concreción mayor accede así al más alto nivel de competitividad, eficacia, capacidad y capacitación.

La memoria necesaria –por lo demás de largo alcance político– de que somos ante todo un signo indescifrado, un misterio, podría por consiguiente adoptar esta forma interrogativa: ¿cómo no ser persona? ¿cómo recuperar la memoria de que no estamos aquí para ser eficientes, ni productivos,

ni mejores que otros, ni competentes, ni competitivos? ¿cómo, en fin, sustraerse al culto de la personalidad, a la prepotencia de la persona? ¿cómo no ser idólatras —de otros o de nosotros mismos?

En noviembre de 1953 apareció una primera versión de uno de los textos en lengua inglesa más perfectos de la literatura del siglo XIX: *Bartleby, the scrivener: a Story of Wall Street* —en la versión definitiva Herman Melville conservaría sólo la primera parte del título original: “Bartleby, el escribiente”.

No reconstruiremos aquí en detalle el argumento del relato, por otra parte mínimo. Criatura enigmática que se presenta un día a trabajar en la oficina de un notario como copista, Bartleby rehusa, con la terrible fórmula “preferiría no hacerlo”, cualquier invitación u orden de realizar algo que no sea copiar. El narrador de la historia es el abogado que le concedió el empleo, quien a pesar de sus esfuerzos nada pudo saber de Bartleby, nada logró interpretar en él, “signo indescifrado” sin proveniencia y sin porvenir que acaba muriendo en la cárcel donde fue llevado simplemente porque no se sabía qué hacer con él, inocente de todo, más inofensivo y manso que cualquier otro hombre. Lo único que el narrador alcanza a saber de su amanuense es “un rumor”, que da a conocer en la última página del texto. Bartleby habría sido empleado en la Oficina de Cartas Muertas (o no reclamadas: *Dead Letter Office*): “¿qué ejercicio puede aumentar la desesperanza como el de manejar esas cartas muertas y clasificarlas para las llamas? A veces, el pálido funcionario saca de los dobles del papel un anillo —el dedo al que iba destinado, tal vez ya se corrompe en la tumba—; un billete de banco remitido en urgente caridad a quien ya no come ni puede ya sentir hambre; perdón para quienes murieron desesperados; esperanza para los que murieron sin esperanza...”.

Aunque podríamos pensar no sólo en cartas que llevan alivio, esperanza y perdón, sino también en cartas desesperadas de condenados y terminales, llenas de palabras que solicitan ayuda y comprensión; cartas, en fin, que exponen todas las formas de la agonía humana. Imaginemos al joven Bartleby leyendo ese sufrimiento impersonal —de todos aquellos cuya persona se ha desmoronado—, esa desesperación que finalmente no llegará a destino, la súplica que jamás será leída por aquél a quien iba remitida. Bartleby tiene frente a sí, durante años, esos restos de voluntades que inútilmente “han preferido escribir”; ha escrutado minuciosamente toda esa “carne muerta del idioma” (expresión que tomo prestada de un poema ma-

yor de la literatura argentina, escrito por Luis Tedesco), esa humanidad inaudible, en estado puro, incompetente, inservible, más verdadera que nada. La fórmula de Bartleby retumbando una y otra vez en el corazón de Wall Street es su gran responsabilidad por la estirpe de los hombres. Nada de “personal” podrá encontrarse en Bartleby: “*I am not particular*”, sólo un gran despojo que se desliza siempre más y más hacia la incompetencia: no sólo porque ya no será capaz de nada ni competente para nada, sino sobre todo porque rehusa competir.

En un pasaje justamente famoso de su obra, Walter Benjamin habló de un cuadro pintado por Paul Klee, en el que puede verse a un ángel con los ojos desencajados, la boca abierta y las alas desplegadas, que parece alejarse de algo sobre lo que clava la mirada. “El ángel de la historia —dice Benjamin— debe tener ese aspecto”. Vuelto hacia el pasado, su rostro está viendo una catástrofe única allí donde nosotros sólo vemos una cadena de acontecimientos; está viendo lo que queda en el camino, lo que no logra hacerse oír, lo que se perderá irremisiblemente en medio de la tempestad que arrastra hacia el futuro y que impide al ángel plegar las alas y detenerse para recoger esos fragmentos y recomponer las ruinas que se acumulan a sus pies. “Esa tempestad —concluye el texto— es lo que llamamos progreso”.

Como el ángel de la historia que sólo ve injusticia y catástrofe donde nosotros vemos sentido y progreso, Bartleby ha podido leer esas cartas muertas, esas cartas no reclamadas escritas con palabras que ya nadie leerá excepto él. Su lógica de la preferencia negativa (preferir no hacerlo, no ser razonable, no dar explicaciones y, finalmente, ya no copiar más) acaso sea simple responsabilidad por esas letras perdidas. Una responsabilidad que se contraponen a toda voluntad de seguir la marcha a cualquier costo. Hay seres, Bartleby es sin dudas uno de ellos, cuya sola existencia nos hace recordar algo que quisiéramos mantener apartado; de allí la incomodidad que generan, lo insoportable que hay en su presencia.

Si, como escribió Eduardo Grüner, “la política comienza cuando se retiran los cadáveres”, esa misma política nos hace olvidar su proveniencia. Olvido que sería completo si no hubiera quienes —mujeres, madres, hombres, hijos— “prefieren no” aceptar promesas ni compensaciones a cambio de olvidar; olvido absoluto (olvido de algo absoluto, también) si no hubiera quienes con sus palabras, sus silencios, su actitudes impolíticas nos recuerden que aquí “hubo cadáveres”. Seres cuya “locura” en épocas de la

dictadura consistió en gritar: “hay cadáveres”, aunque no se vean. Algunos de ellos prolongaron su “locura” en democracia y permanentemente nos recuerdan: “hubo cadáveres”, aunque sigan sin verse.

La invulnerable fragilidad de Bartleby, el escribiente, parece habitar ese mismo espacio, el lugar de lo no escrito; el lugar donde la lengua está en carne viva, donde se anegan los códigos, las leyes, los estilos. Su “preferir no” quizás sea el emergente de un idioma sin comunidad: el mismo Bartleby sea tal vez el ciudadano errante de una comunidad ausente, o simplemente alguien que busca construir la “comunidad de los sin comunidad”. No una comunidad de “personas”, ni de trabajadores, ni de aptos; antes bien una comunidad de hombres y mujeres que saben que no saben quiénes son, ni para qué sirven. Hombres y mujeres que cuidan lo que en ellos no tiene un sentido, no produce, no tiene éxito, no progresa sino que *es*. Bartleby ha mostrado mejor que nadie que sólo un trabajo de despersonalización hace posible que aparezca esa dimensión reprimida, ese “hombre sin atributos” que resiste a la hegemonía amnésica de los capacitados y los competentes.

Improductivos, inservibles, lentos, locos, incapaces, discapaces, fracasados, denegadores, balbucientes, incompetentes, retardados, retrasados, deficientes, inoperantes, débiles; también quienes “prefieren no hacerlo”: todos ellos, signos indescifrados, son los habitantes de la aldea más próxima al enigma de la frágil estancia humana en la Tierra. Tomemos prestado, una vez más, un verso de Borges: “todos ellos, que tal vez se ignoran, están salvando el mundo”.

### Para una política de la amistad

El argumento de esta tentativa es que el más profundo secreto de Bartleby es un secreto *político*. *I would prefer not to* -“preferiría no hacerlo”, “preferiría que no”, o bien, simplemente, “preferiría no”-, pequeña locución que rechaza algo indeterminado; un “gran rechazo” por tanto -debido, precisamente, a esa indeterminación-, que condensa en el lenguaje y en la vida un principio de destrucción del orden dado. Punto de un derrumbe, de un desmoronamiento que no es revolución -pues nada se propone transformar-, ni desobediencia civil -pues jamás da razones de sí. Bartleby, aquél de quien nada se sabe (“De otros copistas podría yo escribir

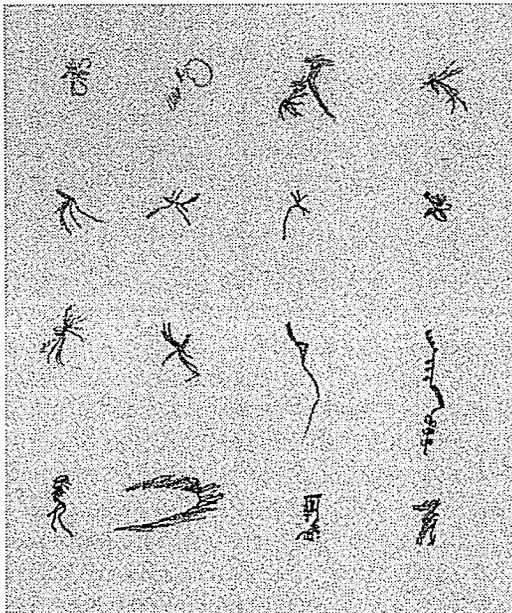
biografías completas; nada semejante puede hacerse con Bartleby..., uno de esos seres de quienes nada es indagable”), misterio de un hombre con cuya sola presencia silenciosa deja “sin saber con qué amenaza atemorizarlo para trocar en obediencia su inmovilidad”. ¿Qué perturba en esa inmovilidad desobediente e inofensiva a la vez? ¿Qué es lo intolerable en Bartleby?

En un antiguo escrito que nos ha sido transmitido –transmisión en la que tuvo mucho que ver Montaigne- con el nombre de *Discours de la servitude volontaire* y también con el nombre de *Contr’Un* –redactado presumiblemente en 1576-, Etienne de la Boétie revela la más íntima sustancia de la dominación, con una radicalidad que muy pocos antes o después de él lograron alcanzar. “Al tirano –escribía La Boétie- no es necesario combatirlo, ni siquiera defenderse de él... No se trata de derrocarlo sino simplemente de no darle nada”. Frente a un sistema de poder, cualquier sistema de poder, viene a decirnos La Boétie, alcanza con una pasividad o una inacción, con un silencio o bien, podríamos añadir, con la simple fórmula de Bartleby: *I wuold prefer not to*. Más aún si, como en el texto melvilleano, es proferida sin estridencias, exenta de las perturbaciones que ocasiona su entorno, casi con cortesía. “Nada exaspera más a una persona seria que una resistencia pasiva” dice en un momento dado, al borde de la desesperación, el abogado para el que Bartleby realiza las copias. Bartleby sabe lo mismo que Wakefield<sup>1</sup>: “En medio de la aparente confusión de nuestro mundo misterioso –concluye el relato de Hawthorne-, los individuos están tan perfectamente ajustados a un sistema, y los sistemas unos a otros y a un todo que, un hombre, al salirse del sistema por un momento se expone al riesgo espantoso de perder su lugar para siempre”. Tal vez ese sistema –ese y cualquier otro; “el” sistema a secas, diríamos de modo ya anacrónico- se abisma por sus extremos, que marcan a su vez los límites de su tolerancia: a saber, la total imprevisibilidad y la repetición absoluta. El registro de los comportamientos humanos funcionales se detiene en estos dos puntos impensables, inapropiables, ingobernables, incontrolables. Bartleby es quien a cada requerimiento y a cada solicitud de algo que supondría un desvío *de lo mismo*, por mínimo que este pudiera ser, responderá siempre *lo mismo*: “preferiría no”, o bien alguna variante siempre inscrita en la lógica de la preferencia negativa.

---

<sup>1</sup> Ver Alejandro Kaufman, “De la profesionalidad”, en revista *Confines* nro. 2, Buenos Aires, 1995, pp.25-34.

Punto inasible de derrumbe de un funcionamiento, Bartleby, amanuense que copia de manera ininterrumpida infinitas copias, que multiplica documentos de manera mecánica, con previsibilidad absoluta, prefiere no hacer nada diferente de esa actividad reproductiva para la que ha sido contratado. Ironía perfecta que lleva al sistema al absurdo de sí mismo para crear allí, en su centro, un agujero negro. Ninguna pulsión de poder, ninguna pretensión reivindicativa podremos encontrar en Bartleby que, por eso mismo, resultará siempre *irrepresentable*: en el doble sentido de no poder formarnos una imagen *de él* y de no poder hacer nada *por él*. A nadie le será posible —en virtud de los pocos elementos con los que cuenta— construir una representación suya satisfactoria, al igual que nadie podrá apropiarse de su voz, ni hablar en su nombre, ni luchar por él o defender sus intereses. Impugnación del parlamentarismo (en todo los sentidos de la palabra). Asimismo, interrupción de ese movimiento que hace de los cuerpos y las almas, de las acciones y las palabras, el alimento y la sustancia misma del tirano. El escribiente de Melville es el punto de anegamiento del poder, su insoluble cortocircuito: “...si a los tiranos no se les da nada —decía La Boétie—, si no se les obedece en absoluto, sin combatirlos, sin golpearlos, quedan desnudos y deshechos: semejantes a ese árbol que al no recibir más la savia y el alimento de su raíz, no es otra cosa que una rama seca y muerta”. Mucho más influyente en nuestra experiencia política que el texto de La Boétie, Hobbes describía la lógica del poder no con una metáfora biológica sino mecánica: como el hombre, ese gran Leviatán que llamamos Estado es un “autómata” cuya potencia es obtenida de los particulares y de ningún otro lado más, y así es infinitamente más poderoso que ellos. La literatura ha proporcionado otro “hombre artificial”, en un libro que acaso pueda ser también leído como una parábola política. “Se dice que el origen de la historia —escribe Gustav Meyrink— se remonta posiblemente al siglo XVI. Cuentan que un rabino creó, según métodos de la Cábala ahora perdidos, un hombre artificial —el llamado Golem— que le ayudara...”. A diferencia del Leviatán hobbesiano, que se ha quedado entre nosotros y nunca o casi nunca nos abandona, el Golem fue destruido al poco tiempo de su nacimiento pero, de manera inexplicable, cada cierto tiempo reaparece imprevistamente por las callejas del barrio judío de Praga. ¿Quién es el Golem? ¿Quién es este fantasma “con ansias de poseer figura y forma”, y que cada tanto —“en el transcurso de cada generación”— lo logra? Si bien el Golem no es necesariamente un tirano, to-



Sin título (Alfabeto), c. 1944  
Tinta sobre papel. 32 x 24 cm.  
Colección particular.

do tirano es un Golem. “Quizás esté entre nosotros, hora tras hora y nosotros no lo percibimos”, dice uno de los personajes de Meyrink. “¿No podría ser que del mismo modo que en los días de bochorno crece la tensión eléctrica hasta hacerse insoportable y formar el rayo, debido a la continua repetición de esos pensamientos, siempre iguales, que envenenan el aire, aquí en el ghetto haya una descarga repentina y súbita, una explosión anímica que sacase a la luz del día nuestro subconsciente para, al igual que allí el rayo, crear aquí un fantasma que... es el símbolo y el alma de la masa, si se pudiera entender correctamente el enigmático lenguaje de las formas?”. Teoría del tirano, podría pensarse. Todo un “rebaño de pensamientos”, de deseos, de sueños, de pasiones y represiones es liberado por los hombres de una ciudad para que converjan y formen una figura monstruosa, que toma su materia de quienes finalmente serán objetos de su terror y de su destrucción. El *fiat* carece de majestad: no se trata más que de una corriente eléctrica, el flujo de una savia, la potencia concedida a un autómeta.

Lo verdaderamente destructivo en Bartleby es la posibilidad de entrever en él algo que no circula por los senderos para “rebaños de pensamiento”, algo como una responsabilidad solitaria que se ejerce -y se oculta- como inmovilidad, pasividad, “agramaticalidad”, irrazonabilidad. Una cautela irónica o una ironía cauta acompaña todas sus denegaciones, comunicadas siempre bajo el modo de una “preferencia”. Bartleby es lo políticamente intratable por antonomasia; nunca un tirano podrá contar con él ni logrará transformar en materia propia la radicalidad de su padecimiento y su pasividad. No encontrará en su vida nada útil para la consecución de sus fines sino sólo *una existencia en estado puro*: ningún temor, ninguna esperanza, ninguna pasión sobre la que construir y mantener la dominación. Ninguna ilusión de hallar en otra parte o en otro tiempo por venir -hacia donde el poderoso sabría conducirnos- algo *ante lo que no estemos ya*. El arcano de Bartleby es, así, político: no entregar la vida a la promesa de quien se alimenta de nuestros temores y nuestras esperanzas. No hay otra vida que la que tenemos; si puede ser distinta, únicamente puede serlo *ahora*.

La fraternidad de Bartleby, la tristeza infinita de su mirada en el muro, es la de quien no ha encontrado a nadie. La lucidez del desencuentro es lo que nos ha sido legado. No una esperanza, sólo una disposición, un deseo

de otros, de reconocimiento mutuo, una apertura a otras singularidades, a otras soledades secretas con las que fundar una política de la amistad. Exactamente lo que Bartleby jamás alcanzaría a realizar.

### Legado de la inapetencia

“Prefiero no cenar hoy -dijo Bartleby, dándose vuelta”. Fue lo último que dijo, su última preferencia. Cuando prefirió “no cenar hoy” Bartleby estaba ya en la cárcel, donde había sido conducido sin ofrecer “la menor resistencia”. Puesto que no pesaba sobre él ningún cargo, lo dejaban deambular libremente por la prisión, “particularmente por los patios de césped cercados”, escrutado desde las ventanas por “asesinos y ladrones”. Allí lo encontró el abogado, después de solicitar una entrevista a las autoridades de la prisión. “Yo no soy el que lo trajo aquí -se exculpó-... Nada reprochable lo ha traído aquí. Vea, no es un lugar triste, como podía suponerse. Mire, ahí está el cielo, y aquí la hierba”. A lo que, en una de las pocas ocasiones en las que se abstiene de contestar con una preferencia, Bartleby, que ya no escribe, responde breve con el acto de habla más lacónico y enigmático de todo el relato: “Sé dónde estoy”. Bartleby pareciera pues emitir su certeza desde un espacio diferente, dislocado, no sólo respecto de su interlocutor sino también de su propia manera de hablar hasta ese momento.

A lo largo del texto, encontramos treinta y tres intervenciones de Bartleby reproducidas en estilo directo por el abogado, que es el sujeto del relato. Trece veces pronuncia la fórmula *I wuold prefer not to*, “preferiría no hacerlo” (o “preferiría no”, como prefiere Deleuze), y una vez más sin el potencial: “prefiero no hacerlo”. Las otras diecinueve, son: “¿En qué puedo ser útil?”, “Lo preferiría así”, “Por ahora prefiero no contestar”, “Por ahora prefiero no ser un poco razonable”, “Preferiría quedarme aquí solo”, “Nunca más”, “¿No lo ve usted mismo?” “He renunciado a copiar”, “Preferiría no dejarlos”, “Sentado en la baranda”, “No. Preferiría no hacer ningún cambio”, “Es demasiado encierro. No, no me gustaría ser vendedor; pero no soy exigente”, “Preferiría no ser vendedor”, “No me gustaría pero, como he dicho antes, no soy exigente”, “No, preferiría hacer otra cosa”, “De ninguna manera. No me parece que haya en eso nada preciso. Me gusta estar fijo en un sitio. Pero no soy exigente” [esta locución es la más

extensa], “No, por el momento preferiría no hacer ningún cambio”, “Sé dónde estoy” y “Prefiero no cenar hoy. Me haría mal; no acostumbro cenar”.

A esto se reduce todo lo dicho por Bartleby. En sólo cinco oportunidades se trata de proposiciones que no incluyen negación; “Sé dónde estoy” es una de ellas. ¿En qué consiste ese *saber*?

Tal vez no sea del todo impertinente invocar aquí esa pregunta terrible en el momento más terrible, esa pregunta insatisfecha que desde el fondo del tiempo es formulada a cada hombre que nace como su legado más propio y que —en la versión de Cipriano de Valera— dice: “Jehová Dios llamó al hombre, y le dijo: ¿Dónde estás tú?” (*Génesis*, 3:9). Desde entonces el “hombre” ya no ha sido capaz de responder “Sé dónde estoy” (como así tampoco: “Por ahora prefiero no contestar” —tampoco: “Sentado en una baranda”). Desde entonces, el hombre se avergüenza de sí, teme y se esconde. Hay un largo trecho entre el Edén y la prisión —atestada de “asesinos y ladrones”—; sin embargo, ese trecho no tiene la forma de una caída gradual ni de una pendiente: *aut aut*. Lo que media entre uno y otro es un apetito, un apetito prohibido. ¿Hubiera podido el hombre “preferir no” comer el fruto —decir a la serpiente: “Me haría mal; no estoy acostumbrado...-? ¿Qué tañe la inapetencia de Bartleby? Conocemos el legado del apetito; ¿cuál es el legado de la inapetencia?

No es Bartleby, precisamente, lo que podríamos llamar un “artista del hambre”; nadie podría estar más alejado de un “artista” que él —por lo demás, en el relato melvilleano el hambre no concursa jamás. No podría pensarse a Bartleby como un artista incomprendido, ni siquiera como un incomprendido a secas o como alguien condenado por el *Zeitgeist*. No es su caso el del ayunador kafkiano cuya sentencia de muerte han pronunciado los tiempos actuales (“Podía ayunar cuanto quisiera, y así lo hacía. Pero nada podía ya salvarle, la gente pasaba a su lado sin verle”). Desde luego pueden encontrarse analogías: como Bartleby, el “artista del hambre” de Kafka acaba siendo ni más ni menos “un estorbo”, y ambos mueren de inanición. Pero Bartleby nunca entrega su secreto —en realidad no tiene secreto alguno—, a diferencia del ayunador que confiesa, con su última fuerza, haberse negado a comer “porque no pude encontrar la comida que me gustara. Si la hubiera encontrado, puedes creerlo... me habría hartado como tú y como todos”. Por el contrario, el pálido y delgado amanuense se alimenta sólo de bizcochos de jengibre: “Vive de bizcochos de jengibre,

pensé; no toma nunca lo que se llama un almuerzo". Comer y copiar son para él dos actividades paralelas, impersonales, signadas por la repetición: lejos está Bartleby de buscar una "comida que le guste". Bartleby no es un artista sino, simplemente, un inapetente.

¿Cuáles son las pasiones de Bartleby? Su absoluta pasividad más bien parece excluirlas, mostrando así una paradoja terminológica -pues *pathos*, *passio*, *passion* designan precisamente una pasividad. ¿Ante qué o quién es pasivo Bartleby, a qué o quién responde su pasividad desapasionada? Ni el conocimiento (Aristóteles), ni la conservación (Hobbes), ni el poder (Nietzsche) o la sobrevivencia (Canetti) -tampoco la esperanza como en el "artista del hambre"- intervienen en ese "hombre sin biografía"; será más bien el abogado quien transita todas las pasiones: desde "un sentimiento de prudencia", hasta la "lástima", el "miedo", la "repulsión"; también, una "abrumadora y punzante melancolía", una "melancolía fraternal". Es justamente esa fraternidad melancólica la que define su *hospitalidad*.

Emile Benveniste recuerda todos los matices de esa institución indoeuropea central de la hospitalidad<sup>2</sup>. No hay un "extranjero en sí", no todo extranjero es mero bárbaro ni esclavo (*doulos*, *servus*), ni necesariamente enemigo (*hostis*). El otro, el que llega de lejos, el *peregrinus* es -puede ser- acogido en el interior de un espacio legal y ser considerado como *hospes*, huésped, pero lo importante es que la hospitalidad no se halla nunca despojada de una forma sino siempre "inscrita en un derecho"; lo que hay en juego es en cada caso unas "leyes de la hospitalidad" -que la vuelven, por consiguiente, "relativa". Es decir: "no se ofrece hospitalidad, en esas condiciones, a un recién llegado anónimo y a alguien que no tiene nombre ni patronímico, ni familia, ni estatuto social..."<sup>3</sup>. El "otro absoluto" no es objeto de hospitalidad -no tiene "derecho de hospitalidad"-, pero no todo otro es considerado "absoluto".

Tampoco se da trabajo a quien no muestra sus credenciales y sus capacidades. Y en efecto, algo nos es sugerido en el relato melvilleano: el día que Bartleby se presenta en la oficina en respuesta al aviso, el abogado lo

<sup>2</sup> Benveniste, E., *Le vocabulaire des institutions indo-européennes*, Minuit, Paris, 1969, t. I, pp. 87-101.

<sup>3</sup> Derrida, J. y Dufourmantelle, A., *La hospitalidad*, Ediciones de la Flor, Buenos Aires, 2000, p. 29

contrata “después de algunas palabras sobre su idoneidad”, palabras que no nos serán confiadas. Pero cuando Bartleby se rehusa a seguir copian- do, deja de ser un empleado; simplemente permanece en el lugar.

“¿Cómo distinguir –pregunta Derrida- entre un huésped y un parásito? En principio, la diferencia es estricta, pero para eso es necesario un derecho... Sin ese derecho, sólo puede introducirse en ‘mi propio-hogar’, en ‘el propio-hogar’ del anfitrión, como parásito, huésped abusivo, ilegítimo, clandestino, pasible de expulsión o de arresto”<sup>4</sup>. Lo extraño es que Bartleby no transmite nada “abusivo” ni “clandestino”; entre parásito y huésped, habita un límite desconcertante sin reclamar nada, ni un derecho de asilo, ni una tolerancia, ni siquiera una acogida sin condición –que, al menos durante un tiempo, es lo que sucede de hecho-; por el contrario, caridad, lástima, piedad, conmiseración, son sentimientos que remiten exclusivamente al abogado. Bartleby “había rehusado a decir quién era, o de dónde venía, o si tenía algún pariente en el mundo”. Esta ausencia de biografía es lo que pone a Bartleby fuera de la ley y, en particular, fuera de las leyes de la hospitalidad (“-¿Quiere decirme, Bartleby, dónde ha nacido? –Preferiría no hacerlo. -¿Quiere contarme algo de usted? –Preferiría no hacerlo. -¿Pero qué objeción razonable puede tener para no hablar conmigo? Yo quisiera ser un amigo... –Por ahora prefiero no contestar”, etc.). Asimismo, Bartleby está fuera de ese presupuesto absoluto de la condición social, sin el que ésta -y ya no sólo la hospitalidad- no tendría lugar: la promesa. La tácita promesa de razonabilidad que instituye (o al menos mantiene) el vínculo humano es lo que no existe en él, quien además prefiere ni siquiera hacerla explícita: Bartleby es la ausencia de promesa (“-Prométame que mañana o pasado ayudará a examinar documentos; prométame que dentro de un par de días se volverá un poco razonable. ¿Verdad Bartleby? –Por ahora prefiero no ser un poco razonable”). Pero otra vez aquí la paradoja se presenta. Pues si bien la promesa puede ser pensada, según Hannah Arendt, como una manera con la que los hombres compensan o atenúan la imprevisibilidad de sus acciones, esta imprevisibilidad es inexistente en Bartleby.

La ausencia de biografía y de promesa dejan a Bartleby fuera de las leyes de la hospitalidad; sin embargo, tampoco es ya un empleado, ni completamente un parásito o un simple intruso. Por un instante –pero sólo por un

---

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 63.

instante- su empleador, hombre de leyes, practica con Bartleby una especie de hospitalidad fuera de la ley, o más bien una hospitalidad sin ley, ilimitada, absoluta, incondicional: “la hospitalidad absoluta exige que yo abra mi casa y que dé no sólo al extranjero (provisto de un apellido, de un estatuto social de extranjero, etc.) sino al otro absoluto, desconocido, anónimo, y que le *dé lugar*, lo deje venir, lo deje llegar, y tener lugar en el que le ofrezco, sin pedirle reciprocidad (la entrada en un pacto) y ni siquiera su nombre. La ley de la hospitalidad absoluta ordena romper con la hospitalidad de derecho...”<sup>5</sup>.

La entrada en el pacto —el imperio de la ley— es la vigencia de la amenaza, la promesa y la razón —todo aquello que la fórmula de Bartleby erosiona. Esa hospitalidad absoluta, sin reciprocidad y sin pacto que exige Bartleby —y el notario fugazmente concede— se interrumpe por el desconcierto ante ese hombre silencioso y manso en una oficina vacía de Wall Street. La amenaza objetiva de ese silencio y ese vacío en medio de la economía y de la ley, no encuentra con facilidad un mecanismo de conjuro. Prevista para castigar infracciones y delitos, la prisión bien puede servir, a falta de otra cosa mejor, para albergar rarezas inocentes.

¿Quién es Bartleby, ese hombre sin pasado y sin futuro, ese hombre que casi ha dejado de serlo? Es quien, ante todo, abjura de la potencia, quien no antepone ninguna voluntad —pues el estilo de la preferencia se sustrae a la contundencia de la voluntad. Bartleby, el inapetente, es quien más allá de todo ejercicio de poder<sup>6</sup>, depone la fuerza, se despotencia. Más allá de todo ejercicio de poder, es decir más allá del hombre, *Über-mensch*. Un “sagrado egoísmo que dona”, antipódico de ese “otro egoísmo, demasiado pobre, un egoísmo *hambriento*, que siempre quiere hurtar, el egoísmo de los enfermos, el egoísmo enfermo”<sup>7</sup>: más allá de la especie que dice “todo para mí”<sup>8</sup>. Más allá del hombre está quien, despojado del *conatus* primario hacia la autoconservación, “hace siempre don de sí mismo”<sup>9</sup>. Pe-

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 31.

<sup>6</sup> Ha sido Elías Canetti quien ha mostrado en páginas decisivas la relación entre apetito y poder, la ingestión y la digestión como “procesos esenciales del poder” (*Masa y poder*, Muchnik, Barcelona, 1994, pp. 213-235).

<sup>7</sup> Nietzsche, F., “De la virtud que hace regalos”, *Así habló Zaratustra*, Alianza, Madrid, 1981, p. 118-123 —el subrayado es mío.

<sup>8</sup> *Ibid.*

<sup>9</sup> *Ibid.*

ro no en el sentido de “perder el alma para salvarla” (*Marcos*, 8, 35; *Lucas*, 9, 22-24), que designa la apropiación de sí en su forma pura, una conservación a la segunda potencia, una voluntad de sí mismo llevada al extremo. Antes bien donación; lógica del don que se sustrae por principio al cálculo de la salvación y de la pérdida, que es su *otro*. Nada positivo podrá decirse del “nuevo inicio que se piensa con el término Ultrahombre. Lo Abierto podría ser su *nomen propinquius*: ‘lugar’ que acoge y que da, ‘lugar’ que no se apropia de lo que recibe, sino que lo alimenta, ‘lugar’ que no retiene, que no captura sino que vuelve-a-dejar toda cosa en su declinar. Ninguna otra cosa que esta idea –absolutamente no icónica- es el Ultrahombre... El Ultrahombre es el abandono de todas las imágenes y de sí mismo, el devenir disímil y extranjero a todo, pero tan disímil como para ser disímil del mismo disímil, y entonces abierto y amigo de todo, donador y don para todos”<sup>10</sup>.

La “extranjería” respecto a lo que efectivamente es, el “abandono” de las imágenes y de las cosas en su declinar, la suspensión de esas elementales incisiones en el mundo que son el apetito y la voluntad, despejan el “espacio no icónico” que refiere el prefijo *über*. Más próxima a la fragilidad que a la estabilidad, más cerca de la debilidad que de la fuerza, de una *dépense* que del individualismo posesivo del último hombre, esa condición vacía es el legado de *Bartleby*. Preferir –preferir en potencial- en lugar de prometer, pues no es de un porvenir de lo que se trata; preferir en lugar de querer, porque la generosidad que se tienta no resulta de la imposición de una voluntad; preferir en lugar de razonar, porque bien sabemos que, junto a la promesa y a la voluntad, la razón se inscribe en un programa de dominio –de sí, de los otros y del mundo- que ha hecho suya toda invocación de futuro, así como también las buenas intenciones y las razones –que antes se llamaban “críticas”. El verbo “preferir”, sobre todo en potencial –y sobre todo enunciando una negación- no podría nunca encontrar lugar en ese programa. Más acá de la crítica, la posibilidad de entrever un espacio más allá del hombre es el legado impolítico de *Bartleby*.

---

<sup>10</sup> Cacciari, M., *El Archipiélago. Figuras del otro en Occidente*, Eudeba, Buenos Aires, 1999, pp. 142-143.